


**Transiciones**
**VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA**
**Correo electrónico: victorae@colef.mx**

## La factura

**T**odo sistema democrático consolidado requiere de un sistema plural de partidos y de opciones políticas. Para **Giovanni Sartori**, el mejor sistema es el de pluralismo limitado, aquel donde coexisten tres o más partidos fuertes y con alta institucionalidad. En nuestro país, en la mayoría de las entidades impera, ya como realidad o como tendencia, el bipartidismo. Se da bajo la fórmula PAN-PRI, PRD-PRI y en menor escala, PRD-PAN. El resto de la oposición es vista con desdén, cuando es vista.

A nivel federal esta tendencia bipartidista parece estar en marcha con las lógicas consecuencias negativas para el sistema político. Las últimas encuestas muestran una caída vertiginosa de las preferencias partidistas del PRD; mientras que la recuperación del PRI y la caída relativa del PAN, auguran una elección intermedia donde estos dos partidos podrían repartirse los asientos en la Cámara de Diputados.

La oposición es consustancial a toda democracia. Este lugar común no parece estar arraigado en nuestra cultura política. Sobre todo en los medios de comunicación nacionales, hay una suerte de satanización de todo lo que signifique crítica a los gobiernos en turno. Además de la descalificación fácil, se optó por la fórmula de encontrar a un personaje al cual endilgarle todas las desgracias padecidas por los mexicanos. En el pasado inmediato fue **Carlos Salinas de Gortari**; hoy el personaje favorito es **Andrés Manuel López Obrador**. Es tan abrumadora la campaña que desde hace dos años realizan, sobre todo los medios electrónicos, que ya raya en la enfermedad. La obsesión por criticar lo que haga o deje de hacer, es enfermiza y sumamente peligrosa para la estabilidad social y política.

Lo he señalado en ocasiones anteriores: nuestro sistema político requiere urgentemente una reforma que permita la institucionalización de

las diferentes opciones políticas. Las palabras inclusión, respeto a las diferencias, independencia, no caben en el actual diseño institucional. El costo de la marginalidad sexenal para quien pierda una elección es muy alto. No es posible que quien pierde por una mínima diferencia de menos de un punto porcentual la presidencia de la República o una gubernatura, sea totalmente excluido de la vida institucional y que su único destino para la larga espera de una nueva oportunidad sea la calle. Urge que la reforma contemple la inclusión. En los regímenes parlamentarios, el perdedor se convierte en líder de la oposición en el Congreso. Eso debemos de incorporarlo. El riesgo de la polarización es muy alto, porque en México las elecciones se vuelven de lucha a muerte; se juega nada menos que la supervivencia personal. Incluso lo podemos comparar con el caso norteamericano. Cualquiera de los dos contendientes actuales que pierda la elección, **John McCain** o **Barack Obama**, regresará al Senado, no a la calle.

En México el pluralismo político es un valor escaso. No es un activo en nuestra cultura política; el actual diseño institucional no lo promueve, ni lo permite. Cuantos dolores de cabeza se hubieran ahorrado si la oposición lopezobradorista se hubiera podido dar desde el Congreso; así es en todas las democracias avanzadas. La nuestra no lo es. Urge que las fuerzas políticas incluyan en sus proyectos la reforma del Estado, en la que destacadamente deberán considerarse cambios de fondo en el sistema político, más allá de las reformas electorales.

Las crisis económica y de inseguridad auguran una mayor polarización social; pero no tenemos canales políticos para la expresión de los afectados. Estamos ante un sistema que genera miles de marginados anualmente que buscan representación política. La calle es su único destino. Ahí se encuentran los excluidos y los líderes que requieren. La confrontación no tiene cómo concluir.

El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte.